

FACULTAD DE MEDICINA

DISCURSO DEL ACADÉMICO DOCTOR JULIO W. GÓMEZ

AL OTORGARSE EL

“PREMIO FACULTAD DE CIENCIAS MÉDICAS DE CÓRDOBA”

Señor Decano y Honorable Academia:

Jóvenes Doctores:

El coronamiento de vuestros estudios en Ciencias Médicas, por natural evolución del plan didáctico, como por concepto de clasificación de tesis para el doctorado, en el ciclo docente de Julio de 1915 a Julio de 1916, os ha colocado en el escalafón reglamentario para optar a la adjudicación del premio anual instituido para “el mejor trabajo de tesis”, denominado por ordenanza especial, “*Premio Facultad de Ciencias Médicas de Córdoba*”, el cual, como acabais de escucharlo, ha sido discernido, por selección, por el jurado designado *ad hoc*, al trabajo de que es autor el doctor Ramón E. Brandán, presentado bajo el nombre de “*Estudio Clínico sobre Insuficiencia Renal*”, y que la Academia confirma en este acto, entregandoos la medalla y diploma que acredita el veredicto leído.

Por expreso mandato de la Academia de Medicina, vengo a presentaros en su nombre cordiales congratulaciones, tanto al

laureado como a sus compañeros que con él han compartido del estudio, análisis y discernimiento del jurado, dictámen que es de rigor comprenderlo, como la síntesis exacta del más estricto criterio científico y justiciero. Será siempre y en todo tiempo memorable, este nuevo jalón en el adelantamiento de los estudios y de las prácticas docentes, que marcará nuevos rumbos en el dominio de la ciencia que cultiváis. Vuestro esfuerzo en el presente, y el que con mayores anhelos débese esperar en el porvenir, serán compensación bastante para los fines que la Academia se propone alcanzar.

Corresponde en homenaje de recta justicia, y en cumplimiento de verdad, recordar, que no es esta la primera ni la única ordenanza dictada por la Academia con propósitos de estimular la labor científica y la competencia de sus estudiantes, en orden a los conocimientos alcanzados en las aulas, datando del año 1891, la que instituyó el "*Premio Manuel Lucero*", del nombre de aquel ilustre Rector de la Universidad, a cuyo perseverante esfuerzo y clarividencia de los tiempos, se debe, entre muchos progresos, la fundación de la Facultad de Ciencias Médicas, con quien tiene ésta una deuda abierta no cancelada todavía, y que pone al alcance de sus doctorandos, su obtención, mediante la prueba final de tesis; como igualmente cuenta con la conocida bajo el nombre de "*Becas de Perfeccionamiento*", que por resolución oficial de junio de 1909, se debe adjudicar, y se ha adjudicado, a los doctorandos que hubiesen obtenido sus títulos con las más altas clasificaciones en la colación de grados del año de la adjudicación.

Así, bajo estas formas, ha entendido la Academia de Medicina cumplir su misión educadora, prolongando su acción docente y estimulante, más allá de los límites del aula, del laboratorio y de la clínica, dotando, en fin, en diversas formas, a las generaciones de estudiantes, de cuantos medios ha podido alcanzar para colocarlos en las vías luminosas de la ciencia de la verdad y del bien, que estudia al hombre en el concepto individual como un

grande complejo orgánico, principio y finalidad de múltiples acciones y reacciones biológicas, que se dividen y subdividen dicotómicamente, constituyendo siempre y en todo momento, un campo siempre nuevo para la investigación y el análisis; como debe así mismo estudiársele en el concepto colectivo, en sus varias modalidades de asociación: por razas, por climas, por comparaciones desde el embrión hasta la niñez, desde la adultez hasta la vejez, bajo todas las formas, en fin, en que la vida se desenvuelve, afectando modalidades singulares y típicas, frente a las grandes causas productoras de desviaciones perturbadoras, que marcan predisposiciones y taras orgánicas, y que imponen al médico observador el deber de adoptar protecciones y defensas originarias del medio interno, cuando no aportándolas del medio externo.

Felizmente, la ciencia que es el rico e inagotable tesoro de la humanidad, no se ha marcado fronteras, su bandera no tiene colores únicos y regionales desde Hipócrates hasta Pasteur, y desde Paracelso hasta Claude Bernard y por ello es consolador el poder afirmar que dentro del concepto de la verdad y del amor, el hombre continúa siendo el beneficiario del hombre, ya que todo lo que el ingenio y la labor produce, está destinado a su felicidad y perfeccionamiento; pero, a la par, tenemos que declarar, con dolor, que ante la visión histórica de la humanidad, como en la pavorosa hora presente, el hombre es así mismo el lobo del hombre, enunciado que las naciones para honra de sí mismas han debido borrar de sus cuadros, como resabio fatal y vergonzoso de tiempos muertos.

La gran tragedia guerrera que desde hace dos años no da tregua al exterminio en que se encuentran empeñadas las grandes naciones de línea, absorbiendo capitales, extinguiendo vidas preciosas, y agotando la ubérrima producción de la tierra generosa, ofrece hondas preocupaciones a los hombres de pensamiento, ante los múltiples y graves problemas que tal conflicto ha planteado en el momento presente, y ante los que con carácter de perma-

nencia o definitivo quedaran en pié, cuando llegue el momento de finiquitar esto que podríamos llamar gran crisis de la humanidad, y que ha conmovido profundamente las relaciones políticas, comerciales y sociales del mundo, y que vosotros, virtuosos de la ciencia, dedicados a servir los intereses de la salud y de la vida, que en estricta lógica son los verdaderos y únicos intereses de la paz, fundada en el juego regular: armónico y equilibrado, de las fuerzas y reacciones orgánicas, que por efecto de un exacto y permanente cumplimiento debe producir la normalidad del hombre, y extensivamente la de las sociedades; como su más amplia medida y en tiempos que ya podríamos llamar remotos, se mantenía la paz de las Naciones, también por el equilibrio de sus fuerzas vitales, y de otras, valoradas por la de sus ejércitos y armamentos, pero que, al fin, por una conjunción reguladora de franca amistad se mantenía equilibrada; vosotros, decía, que habeis abrazado la ciencia médica, como ninguna otra, ciencia de paz, que solo actúa dentro de ella, o en procura de su rehabilitación, no podeis mirar sino con marcadísimo interés todo cuanto ocurre en aquel campo sombrío de desolación y muerte, donde grandes masas humanas de diversas latitudes desenvuelven su acción en un medio de permanente anormalidad, presa de agotante fatiga psíquica, causa de inhibición sensorial, en el que los instrumentos que la industria de la guerra ha puesto en uso para alcanzar mayor destrucción, no son los auxiliares del hombre, sino que inversamente, los hombres relegados a un plano secundario, son los auxiliares y complemento casi mecánico del cañón y la metralla, en la tierra, en los mares y en los aires, ya que en todos los elementos se buscan, se persiguen y se encuentran para conseguir su aniquilamiento.

Vuestro amor por la ciencia médica, vuestra reflexiva atención para develar las causas generadoras del sufrimiento, sostenidas por las nobles energías de vuestra robusta mentalidad, os induce a estudiar todo cuanto se relaciona con la cruenta lucha que sostienen las naciones; en todos y en cualquier caso, habeis de

encontrar siempre al hombre sufridor y dolorido a quien por virtud humana y por deber de mantener el fuego de la vida, debéis estudiar en sus multiplicadas modalidades que desde ya revela la crónica diaria, y que ampliará detalladamente la historia de mañana, fuente de grandes enseñanzas, de material científico de alta ponderación, que orientará los conocimientos hacia nuevas teorías, nuevas interpretaciones y nuevas aplicaciones, puesto que todo en los frentes es diferenciado; desde la indumentaria con el casco y caretas protectoras contra los proyectiles y gases asfixiantes, hasta la actitud del soldado, protegido por trincheras excavadas y canalizadas a gran profundidad.

Limitando las precedentes consideraciones, al aspecto científico que como médicos os interesa, voy a citaros los conceptos que a la luz de la psicología y de la fisiología ha exteriorizado un sabio contemporáneo respetabilísimo, cuyo nombre es familiar en nuestros estudios, que a la vez es un filósofo probado por su amor a la ciencia y a la humanidad, el eminente Ramón I. Cajal, ha dicho: “que cualquiera que sea el resultado de la monstruosa lucha, cambiarán muy poco las normas ideales y morales de la humanidad”, fundando su aserto en el hecho biológico desconsolador de “la desesperante resistencia evolutiva del cerebro”, y en que a despecho de la influencia educadora de la filosofía, del derecho y del arte, a pesar de las maravillosas conquistas de la ciencia y de la técnica, nuestras células nerviosas continúan reaccionando casi lo mismo que en la época neolítica: igual tendencia hacia el robo en cuadrilla, la misma afición al vaho de sangre ajena; idéntica aversión hacia los pueblos que hablan otra lengua, o habitan del otro lado de un río, de un mar o de una montaña; enunciados todos que acusan extraordinario pesimismo frente al porvenir de la paz universal.

“En este ritmo perpetuo de persuasión y acometimiento, a que parece sujeto por ley biológica e ineluctable el espíritu individual y colectivo, todo lo conseguido, para aquietar la codicia y odios entre pueblos, redúcese, a haber prolongado un tanto los

períodos de pausa, esto es: *la fase pacífica* o discursiva, haciendo más desoladora y explosiva *la fase destructiva*. Es que por desgracia, ninguna de las adaptaciones culturales y sociales del hombre, se han transmitido todavía a las células germinales, como diría Weisman, y adquirido por tanto carácter hereditario. Por imposición fatal de la inercia nerviosa, nuestros descendientes serán iguales a nosotros, y solo a fuerza de progreso fisiológico y psicológico nos superarán en una cosa, esto es: que llegarán quizá a averiguar por qué son crueles y malvados, pero continuarán sujetos al susodicho ritmo, bañándose por tanto en sangre, y aspirando el olor de la pólvora cada veinte o treinta años.

“El sombrío y trágico *Yo* que llevamos incrustado en el cerebro, permanece intangible y hermético; nadie ha conseguido corregir o suprimir una sola de esas células nerviosas, portadoras de instintos crueles, legado de la más remota animalidad, y creado durante largos períodos de rudo batallar contra la vida ajena, y como resultado político y sentimental de la guerra, se nos ofrecerá el desmayo del pacifismo, y humanitarismo, y el regreso, según el giro y los hábitos sociales de cada pueblo, a los excesos del chauvinismo y del imperialismo, para que dentro de veinte o treinta años, cuando los huérfanos de la guerra actual sean hombres, se repita la estúpida matanza.

Ved ahí, señores, como este gran cataclismo semi mundial, esta flagelación de pueblos sin igual, que sobrepasa a cuanto nos enseña la historia de los desastres humanos, quedaría sujeto, como causal generadora, al tenor de las ideas del sabio psicólogo nombrado, a lo que ya conocéis por vuestros estudios acerca de la estructura y funcionamiento de las células cerebrales, esencialmente de las impulsoras de la voluntad hacia el bien, y el mal obrar, como de los centros de incitaciones emotivas, conforme a las reacciones evolutivas normales; ved ahí, como el estado de inercia nerviosa en las células germinales, aleja la ordenación persistente de la actividad funcional moderadora, que como válvula de seguridad rige y preside las incitaciones individuales, como en

vasta escala explica y preside las aptitudes de los pueblos para la paz o para la guerra.

Toca a nosotros, jóvenes doctores, obreros de la grandiosa causa de la ciencia, que tiene al hombre como factor de paz, penetrar hondo en el estudio de su psicología, en todos los campos en que se agita, aislado y en muchedumbre, dirigente y dirigido, en las cumbres o en las simas, frente al hombre como factor de guerra esgrimiendo todas las armas capaces de destruir, presa de la roja visión de la sangre que congestiona su retina y su cerebro, impulsado, enceguecido a la conquista de ventajas precarias, que no fundan en el concepto de la verdad y del bien público, pero que en cambio satisfacen pasiones de predominio colectivo con formas de desastres mundiales, como son los cuadros que hoy ofrecen las naciones en guerra que se desangran.
